



BIBLIOTECA



## CAPÍTULO PRIMERO

### CARACTERES ESENCIALES DE LA REVOLUCIÓN

#### § I.—La Revolución y los hombres del pasado.

##### I

¿Qué es la Revolución? Va para un siglo que la Europa absorta se está haciendo esta pregunta, y las respuestas son siempre contradictorias, según las pasiones y las preocupaciones de los hombres. Suceda esto con todos los grandes movimientos que inician una nueva era en la humanidad. Después de 1900 años de cristianismo todavía se pregunta qué es la religión de Cristo. Y las respuestas difieren de todo en todo, según que habla un cristiano ó un filósofo; y digo mal, los mismos discípulos de Jesucristo no se entienden entre sí: el católico está tan apartado del protestante como lo está el libre pensador del creyente. Después de esto, ¿habrá que admirarse de que continúe siendo un problema la Revolución del 89? La Revolución ha conmovido la sociedad hasta en sus cimientos, ha destruido los cuerpos privilegiados del antiguo régimen, ha transformado la monarquía, extinguido la nobleza, anulado el poder del clero y ha amenazado hasta la fe de Cristo; no solamente ha com-

batido las ideas, sino que ha lastimado profundamente los intereses, y los intereses no perdonan jamás. De ahí el odio implacable con que los partidarios del pasado persiguen á la Revolución. Entre ellos, los más encarnizados son los clérigos. Oigamos á uno de esos hombres que se dicen discípulos del *Maestro de humildad*, no obstante que se titulan *monseñores* y que hablan desde lo alto de su *superioridad*, como si fuesen los órganos de la verdad eterna.

La Revolución, si creemos á monseñor de Segur, es el espíritu del mal, el mal en su última potencia, el mal en carne y hueso, Satanás en persona (1). Mucho se disputa por averiguar de dónde procede el gran movimiento del 89, que tan gran impulso dió á la Francia y al mundo entero. Es un misterio de iniquidad, dice nuestro prelado ultramontano, que los revolucionarios no pueden comprender, porque no tienen fe. Pero monseñor, que tiene fe, nos va á revelar el secreto. No hay más

(1) MONSEÑOR DE SÉGUR, *La Revolución*, 5.ª edic. autorizada para Bélgica, Gante, 1862.

que acudir al padre de la rebelión, á aquel que está repitiendo hasta el fin de los siglos: *Yo no obedeceré*. "Si, Satanás es el padre de la Revolución; la Revolución es su obra, comenzada en el cielo y perpetuada en la tierra de edad en edad." Hé ahí la genealogía, y no hay otra más cierta. El paganismo, que es la encarnación de Satanás, engendró al Renacimiento; el Renacimiento engendró á Lutero y Calvino; la Reforma engendró á Voltaire y Rousseau, los cuales esparcieron por Francia el poder de su padre y engendraron á su vez la Revolución. Luego la Revolución desciende en línea recta del diablo, en cuarto grado de parentesco (1).

Los escritores católicos tienen un método admirable para simplificar la historia. Nosotros los legos, que no tenemos fe, recogemos datos y pruebas, y nos tomamos un trabajo indecible para comprobar los hechos; y ¿adónde llegamos con esto? A las tinieblas. Pero monseñor de Segur, que tiene fe, pronuncia una palabra, rayo de la verdad divina, y se hace súbitamente la luz en medio del caos. La Revolución es hija de Satanás. El que conoce al padre conoce á la hija. Nosotros preguntamos qué es la Revolución. Un ilustre obispo, llamado monseñor de Segur, va á responder por su parte: "La Revolución es la insurrección más sacrilega que ha logrado armar la tierra contra el cielo, el mayor esfuerzo que el hombre ha hecho, no solamente para apartarse de Dios, sino para sustituirle." Esto es un poco oscuro; no se comprende del todo bien cómo la Asamblea constituyente, que hizo la *Declaración de los derechos del hombre* en presencia del Ser Supremo, pudo intentar el sustituirse al Ser Supremo, ni cómo la Convención, al reconocer la existencia de Dios, había de pretender colocarse en su lugar. Monseñor Segur va á aclarar ese misterio. ¿No ha declarado la Revolución independiente al Estado de la Iglesia? ¿No ha usurpado la soberanía espiritual? ¿Y la Iglesia no es la esposa de Cristo? ¿El esposo y la esposa no son una misma alma? Pues pretender que el Estado es independiente de la Iglesia es tanto como decir que es independiente de Dios, y, por lo tanto, que se coloca en lugar de Dios, lo cual conduce á la destrucción de la sociedad. Y en efecto, esa abstracción que los revolucionarios llama-

(1) MONSEÑOR DE SÉGUR, *La Revolución*, p. 13 y siguientes.

man el *Estado* quita á los hombres los derechos que tienen de Dios, derechos de familia y de propiedad. Todo eso es el socialismo, última palabra de la Revolución, que, si llegara á realizarse, sería el reinado completo de Satanás en el mundo (1).

Bien se ve qué maravillosa luz derrama sobre la historia el espíritu de las tinieblas. El mismo monseñor Segur formula esta luminosa verdad: "La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre dos ejércitos y sus jefes: de una parte, el Cristo con su santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres que pervierte y que afilia bajo la maldita bandera de la Revolución." Desde el momento que se conoce al general se conocen los soldados. Si la Revolución es el mal por esencia, excusado es decir que es el mayor de los crímenes; y ¿qué se puede pensar entonces de los hombres del 89 y del 93? Un libelista católico nos dirá qué idea se forma en el mundo ortodoxo de los revolucionarios. Entrad en una cárcel ó en un presidio, y tendréis la imagen exacta de los constituyentes y de los convencionales, porque todos están comprendidos en la misma reprobación. Oigamos á Mr. Veuillot: "Había un senado compuesto de *bandidos* y de *asesinos*; esos *presidarios* eran casi tan ridículos como *execrables*. *Ladrones*, *lacayos*, *apóstatas*, *desarrapados*; en aquel *inmundo montón*, un haz de pretendidos escritores ó pensadores orgullosos y necios, cobardes *instigadores* ó cobardes *cómplices* de todas las *atrocidades*: hé ahí el enemigo. Ese enemigo, con el pie puesto sobre la cabeza del vencido y la *mano en sus bolsillos*, destrozaba la religión, la monarquía y la sociedad entera" (2).

En la boca de ese famoso libelista, esos sentimientos tienen todavía cierta fuerza de invectiva. Mas lo que hay que oír es á los curas ajuiciando en su lenguaje de seminario á los gigantes de la Revolución, y sólo así se puede formar una idea de la necesidad humana. El clérigo *Delbos* ha escrito la historia de la *Iglesia de Francia desde la convocatoria de los estados generales hasta la caída del Directorio* (3). Compara los estados generales á un volcán: "á las llamas del *lujo* y de la *magnificencia* debía suceder un *torrente de azufre y de betún*" (4).

(1) MONSEÑOR DE SÉGUR, *La Revolución*, p. 17 y 10.

(2) Artículos religiosos, históricos, políticos y literarios, por LUIS VEUILLLOT, redactor principal de *L'Univers*, t. 1, p. 92.

(3) La 2.ª edición que tenemos á la vista es de 1853.

(4) DELBOS, *La Iglesia de Francia*, t. 1, p. 246.

*Azufre y betún*, sea enhorabuena; esto recuerda, por lo menos, el infierno; pero ¿qué tenían que hacer allí las *llamas del lujo* y de la *magnificencia*? Preferimos las *usurpaciones* de la Constituyente, el *lodo* de la Legislativa, la *sangre* de la Convención y las *infamias* del Directorio (1). Una mezcla de *sangre* y de *lodo*, sazonada con *infamias*, da ya un cierto gustillo al reino de Satanás. Como se ve, es siempre el infierno el que representa el gran papel en la historia, tal como la entienden los escritores católicos: "Es el *diablo en persona*, dice el clérigo *Delbos*, quien reinó en Francia durante la Revolución; él fué quien hizo resonar en las ciudades y las campañas las proclamas de libertad y de igualdad" (2). De este modo, los principios del 89, así como los crímenes del 93, se remontan á Satanás.

## II

¿Será necesario responder á tan increíbles majaderías? Daríamos á nuestra vez una prueba de simpleza, siuviésemos la pretensión de convencer á los ortodoxos de su ceguedad. ¡Quitad al hombre el sentido de la vista, y procurad después hacerle contemplar los esplendores del sol! ¡O hablad ante un hombre que haya perdido por completo el órgano del oído, y tratad de hacerle admirar el estilo majestuoso de Bossuet, la armonía de Fenelón ó el entusiasmo de Rousseau! Pues lo mismo sería el llamar á la razón á los ortodoxos, los cuales, habiendo abdicado para siempre el más hermoso don del Creador, sólo Dios puede devolverles la vida intelectual y moral que han perdido por el más culpable de los suicidios. Si hacemos constar sus aberraciones, es porque nos servirán para apreciar el gran movimiento del 89: la rabia de los hombres del pasado revela la verdadera tendencia de una revolución que ha inaugurado una nueva edad en la historia.

Si, hay combate en la tierra entre el mal y el bien; pero el hombre no conoce jamás el bien absoluto, así como tampoco es víctima del mal absoluto: ser imperfecto, debe luchar contra sus imperfecciones, debe conquistar sus derechos, debe buscar la verdad con el sudor de su frente, aunque no

pueda llegar nunca á poseer la verdad entera (a), aunque no pueda llegar á gozar de la plenitud de sus derechos, aunque no pueda llegar nunca á la perfección. Porque, si es imperfecto, es también perfectible, y le basta para satisfacer su sed de verdad y de ventura que tenga la conciencia de que realiza un progreso incesante en la senda de su perfeccionamiento.

En esa marcha laboriosa hacia el término de su destino encuentra el hombre un adversario que quiere persuadirle que la verdad que busca está encontrada, que la dicha que persigue está á su disposición, que no tiene más que someterse á la Iglesia y esta Santa Madre le guiará hacia el puerto, así como un pastor vigilante conduce su rebaño al redil. La humanidad ha escuchado durante largos siglos á ese guía que se llamaba infalible, y ha seguido sus consejos con la docilidad de un niño. Pero el niño ha crecido y se ha hecho hombre, y el hombre ha comprendido que la Santa Iglesia, que se llamaba su madre y que pretendía estar en posesión de la verdad divina, no llevaba otro objeto que el de perpetuar la infancia de su pupilo, á fin de eternizar su dominación. Desde ese momento, la humanidad ha sacudido el yugo que, en nombre de Dios, se la quería imponer, ha reclamado su libertad y se ha puesto á trabajar por sí misma en su perfeccionamiento. Senda dolorosa y llena de agonías, pero senda saludable y única eficaz, puesto que el destino del hombre es desenvol-

(a) Perdónenos Mr. Laurent si le decimos aquí que su criterio filosófico no nos satisface, y si además añadimos que está preñado de errores y de contradicciones. Ciertamente el hombre, ser finito, no puede poseer el bien absoluto ni la verdad absoluta; eso es patrimonio peculiar de Dios. Pero el hombre es un ser moral, por lo mismo que es libre y responsable. Y la ley moral ¿se la da acaso él á sí mismo? Nosotros creemos firmemente que no, porque, de lo contrario, no sería una ley, serían infinitas leyes, reformables y revocables á merced de los caprichos, pasiones, intereses encontrados de los hombres, y la sanción sería nula por lo fácilmente eludible: no habría verdadera ley moral. Pero si la hay, como nosotros creemos, y si no procede del hombre, sino que le está impuesta con su propia naturaleza, es indispensable que la conozca desde que es tal hombre, y que esa ley sea la misma para todos los hombres, para todos los tiempos y lugares. Podrán verla más clara ó más oscuramente, podrán llegar hasta desconocerla, podrán acercarse ó alejarse de ella; pero la ley será una y siempre la misma. Existe la lucha entre el bien y el mal cabalmente porque existe esa ley, impuesta á un ser finito, y como tal, imperfecto, pero libre y responsable. Por consiguiente, el progreso no mide ni regula la moral; antes bien, la moral mide y puede regular el progreso. Y esto no quiere decir que una secta ni una Iglesia, sea la que quiera, haya de ser la depositaria y la única intérprete de la ley moral, no; pero deberá tenerse por más civilizadora y más humana y más santa aquella religión cuya doctrina moral se acerque más á la ley moral del hombre. A más de que una cosa es la religión y otra la Iglesia ó la secta, cosas que, como se verá, confunde á menudo el autor. —(N. del T.)

(1) DELBOS, *La Iglesia de Francia*, t. 1, p. 23.

(2) DELBOS, *La Iglesia de Francia*, t. 1, p. 185.

ver las facultades de que Dios le ha dotado, lo cual no puede hacerse más que por su propia actividad, á su riesgo y ventura. La Iglesia calificó esas pretensiones de rebelión, y para vencer la insurrección de la razón contra la autoridad buscó aliados entre los reyes, igualmente interesados en reprimir todo movimiento de independencia. Y principió una nueva lucha. Los hombres comprendieron que para ejercitar sus facultades necesitaban libertad, y la reclamaron como un derecho natural, dado que también era un medio para cumplir con el deber; y persuadidos de que su libertad sería irrisoria mientras que no estuviese asegurada por medio de instituciones políticas, reclamaron garantías. El realismo y la Iglesia les opusieron una resistencia tenaz y trataron de contener la ola por medio de los viejos diques; pero ¡vanos esfuerzos! La ola subió y destruyó los diques con aquellos que los habían levantado. Hé ahí la Revolución, su necesidad y su legitimidad.

¿A qué viene decirnos ahora que la Revolución francesa es satánica en su principio? (1). Satanás no es más que una horrible ficción, en tanto que es el tipo del mal. Ahora, si en el espíritu de rebelión se quiere anatematizar la insurrección del espíritu humano contra la Iglesia y la monarquía, consideradas como autoridades sagradas, entonces Satanás debe ser rehabilitado, y nosotros le aceptamos como el primer precursor de la Revolución. Dios sólo es el bien absoluto; los hombres que se llaman sus órganos son usurpadores, y contra la usurpación, la insurrección es más que un derecho, es un deber. ¡Cosa notable! Tal es el poder del espíritu revolucionario en lo que tiene de legítimo, que arrastra hasta los enemigos de la Revolución. El conde de Maistre, después de haber tratado á la Revolución de satánica, reconoce que es una gran época, una nueva era que realizará y no sé qué grande unidad hacia la cual marchamos á grandes pasos (2). Se burla del cosmopolitismo de los legisladores revolucionarios y de su pretensión de hacer constituciones aplicables á todos los hombres, á todos los tiempos y lugares (3), y después declara que las consecuencias de la Revolución en todos sentidos trascenderán mucho después de su

(1) DE MAISTRE, *Cartas y folletos*, t. I, p. 293.

(2) DE MAISTRE, *Consideraciones acerca de la Francia*, c. II.—*Veladas de San Petersburgo*, xi.

(3) DE MAISTRE, *Consideraciones acerca de la Francia*, c. VII.

explosión y mucho más allá de su hogar (1). Por último, cree que la Revolución será el instrumento providencial para una regeneración de la humanidad.

Hé aquí, pues, á Satanás que va á regenerar el mundo, al menos como ministro de Dios. ¡Singular auxilio el que ha escogido para ello la divinidad! ¿No podría ese Satanás ser tal vez el espíritu divino? Nosotros no creemos ya con el Evangelio que el diablo sea el príncipe de este mundo (a); la creencia de la humanidad moderna es que la Providencia divina dirige nuestros destinos. La acción de Dios se manifiesta lo mismo en las tempestades y los terremotos que en el curso regular de las estaciones y en la benéfica influencia de los elementos. Es decir, que las revoluciones son de Dios; si, á la vez que un bien, son también una fuente de desgracias, consiste en que el hombre no avanza hacia el término de su destino más que á través de trabajos y dolores. Y si debe sufrir, consiste en que es imperfecto, y por ello mismo culpable. Pero la expiación que Dios le impone es también un instrumento de educación. Los dolores de la humanidad no son nunca estériles: son un alumbramiento continuo. Tal fué la Revolución: ha dado á luz un nuevo mundo (b).

## § II. —La Revolución y los hombres del porvenir

### I

La Revolución ha tenido por contemporáneos y por testigos á hombres de un espíritu superior. ¿Qué pensaron esos hombres de un acontecimiento que trastornaba sus ideas lo mismo que trastorna-

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones acerca de la Francia*, c. II.

(a) Laurent por optimista y Schopenhauer por pesimista, ambos á dos levantan, á mi juicio, falsos testimonios al Evangelio; ambos se empeñan en atribuirle la doctrina del mal necesario y eterno sobre la tierra. Ni los Evangelistas ni Renán hacen semejante imputación á Cristo.—(N. del T.)

(b) La teoría filosófica de la Revolución me parece deficiente. Ni el hombre por imperfecto es culpable, ni Dios se mezcla en preparar revoluciones. Toda revolución es una protesta contra el error y el mal y contra sus funestas obras y consecuencias. Toda protesta es un gran síntoma, porque supone amor al bien y energía para combatir el mal. Y cuanto más inspirada sea en ese sentimiento, y más fiel y fervorosamente dirigida á ese propósito una revolución, será tanto más santa y más fecunda en buenos resultados. Una revolución es una medicina. Pero mejor que curarse un mal sería no padecerle. Hay, sin embargo, esta diferencia. Un individuo puede medicarse en sana salud, aunque no sea lo natural que lo haga. Un pueblo no hace jamás una verdadera revolución cuando se encuentra bien gobernado.—(N. del T.)

ba el mundo? La primera impresión, que es siempre la mejor, fué un entusiasmo casi universal. Interrogaremos con preferencia á los extranjeros, poetas, historiadores y políticos, cuyo temperamento era todo menos que revolucionario. La Europa monárquica se coaligó contra una nación que al reivindicar *los derechos del hombre*, á los cuales declaraba eternos, inenajenables é imprescriptibles, apelaba á la insurrección de todos los pueblos contra el antiguo régimen, bajo el cual no se conocía otro derecho más que el de los reyes. En el campo de los coaligados se hallaba uno de los grandes genios de los tiempos modernos. Goethe asistió á la batalla de Valmi, que decidió á los Prusianos á la retirada. Los aliados se habían imaginado que los Franceses los recibirían con los brazos abiertos. La mañana del combate, los oficiales prusianos, orgullosos de su antigua gloria y naturalmente fanfarrones, decían que los voluntarios que tenían de frente servirían para un almuerzo; pero se volvieron en ayumas, muy descontentos de sí mismos, tristes y abatidos. Invitado el poeta á que dijese su opinión acerca de aquel descalabro, Goethe, que había visto á los voluntarios de la nueva República incontrastables en medio del fuego y recibiendo las balas al grito de *viva la libertad!* respondió á los oficiales: "Hoy comienza una nueva era de la humanidad, y bien podéis decir que habéis asistido á su nacimiento," (1). ¡Palabra profética! El viejo mundo había muerto el 14 de Julio de 1789; era el mundo de la explotación del hombre por el hombre; un mundo nuevo comenzaba, y se abría la edad de la emancipación de los individuos y de los pueblos.

Esa misma fué la opinión de un escritor que pasó su vida interrogando los anales de la humanidad. Juan Müller es más bien un hombre del pasado que un hombre del porvenir; mejor dicho, es el tipo del historiador calmado, imparcial, que representa los hechos con la fidelidad de un espejo ó de un aparato fotográfico, y Müller repitió en el silencio del gabinete lo que Goethe había dicho al estallido del cañón: "el mundo antiguo se derrumbaba y se inaugura un nuevo mundo." Cuando decimos que Müller repitió las palabras del poeta, es inútil añadir que, en uno y otro, fué aquello una

(1) GOETHE, *Campagne in Frankreich* (sus Obras, t. XXX, página 75, ed. franc. de 1829)

impresión original y espontánea. Los Alemanes, extraños á toda vida política hasta últimos del siglo XVIII, se habían limitado al movimiento de la idea religiosa; y en el momento en que estalló la Revolución, estaban consagrados por entero á la literatura, la cual acababa de tomar entre ellos un magnífico vuelo y aun prometía mayor desarrollo: naturalezas vírgenes, su alma se abría á todas las aspiraciones generosas y bellas; su modo de apreciar la Revolución francesa es como el grito instintivo de la conciencia humana, y esa apreciación quedará siendo la de la historia.

Había otro pueblo que disfrutaba de libertad desde siglos antes. Los Ingleses habían tenido también sus revoluciones, y no habían reparado en verter la sangre de un rey; desde 1688 ocupaba allí el poder la aristocracia; todos los partidos aceptaban la libertad, sólo que era una libertad privilegiada; había clases, razas enteras excluidas del gobierno, y sus derechos, por efecto de esa desigualdad, eran sumamente deficientes. Era más difícil á los Ingleses que á los Alemanes el comprender la Revolución francesa. Una antipatía secular los apartaba de sus rivales, y, poco filósofos, respetaban la tradición, aun cuando consistiera en abusos. Los Ingleses de pura raza no podían acostumbrarse á los procedimientos de las Asambleas nacionales de Francia; hubieran visto con buenos ojos una revolución como la suya de 1688, una transacción entre la monarquía y los tres órdenes; pero les desorientaba la impetuosidad francesa, con sus derechos del hombre y su cosmopolitismo. Burke fué el órgano de esos sentimientos. Pero también había en Inglaterra espíritus más generosos, menos ingleses y más humanos, y éstos aplaudían el despertar de una nación que había gemido bajo el despotismo más degradante, el de una Iglesia incrédula y de una monarquía crapulosa, comprendiendo y excusando los excesos de un pueblo que se sublevaba contra una opresión secular, excesos que imputaban á la tiranía más bien que á la libertad. Fox fué el ilustre jefe de esa joven Inglaterra, y pronunció también la frase de Goethe, dándole mayor precisión: "La Revolución, dijo, es el paso más grande dado hacia la emancipación del género humano."

Dicho se está que de ese entusiasmo abundaban todos cuantos espíritus generosos había en Francia. En 1792 había en París una mujer de genio